

***Los tres no son más que dos, y el  
que no es nada vale por tres***

***Mascarada política***

MARIANO JOSÉ DE LARRA

***Freeeditorial*** 

Mil veces les habrá sucedido a mis lectores, y aun a los que no me leen, oír una campana y quedarles una prolongada vibración en los oídos después de haber sonado; les habrá sucedido también viajando, durarles gran rato, después de apeados ya del carruaje, la sensación del movimiento y traqueteo producida por muchas horas de camino. He aquí precisamente lo que a mí me ha sucedido y me sigue sucediendo todavía con el fantástico aparato y desigual clamor que en mis sentidos dejaron las pasadas máscaras. Voy por la calle y se me antojan aún caretas las caras, y disfraces los trajes y uniformes. Oigo hablar de cosas nuevas y, acostumbrado a tanta cosa vieja y a tanta broma, se me figura aún que me siguen embromando. Pasará sin duda esta sensación, y será preciso creer a todo el mundo; pero mientras pasa o no pasa, mientras creo o no creo, todo el trabajo de mi entendimiento limitado se reduce por ahora a ver de conocer al que me habla, que no es poco. Con tal rumor en los oídos, con tal prevención en la vista, salía yo la última noche del pasado carnaval de Abrantes, donde había codeado a la aristocracia, y del teatro, donde me había codeado a mí la democracia. Llena la cabeza de estas dos ideas, que no podía amalgamar nunca, y que así se separaban al tocarse como se separan dos bolas de billar al chocar una con otra, se me antojó que entraba en un salón adornado por el orden antico-moderno; toda la parte alta gótica, góticas las paredes y ventanas; el mueblaje y adorno bajo del último gusto. Tres comparsas le llenaban, a lo que entonces me pareció. La menos numerosa era compuesta toda de viejos ¡rara aprensión!, pero gordos y robustos; para hacer gente y engruesarse iba derramando su dinero con tanto sigilo, como si fuese mal adquirido y peor conservado; pero a cada moneda que daban, ¡cosa rara!, perdían carnes y fuerzas. Toda esta comparsa andaba hacia atrás, más como quien huye que como quien anda; para lo cual traían la cabeza y los pies vueltos del revés, que hacían rara figura. Andaban desbandados a causa de hallarse su jefe a diligencias propias; pero en cambio presumían serlo todos. Seguía a esta comparsa una porción de pobres, rotos y

malparados, con una venda en los ojos como pintan a la fe, creyendo a pies juntillas cuanto aquéllos les decían, y tomando varios dijes de poco valor en cambio de sus servicios. De cuando en cuando dábanles los magnates de la comparsa un palo, y unos respondían «¡viva!» y otros respondían «¡gracias!». Raros trajes se veían entre ellos, pero ninguno pasaba del siglo XVIII. Retazos de manteos, cruces y veneras, papel de Italia, espadines de Toledo, tal cual estrella en la frente, látigo en la mano, calzón, peluquín y hebillas. Color general blanco como la leche. Conversación poca; chispa ninguna.

La segunda traía jefe, o por mejor decir representante; gente nueva, y la más barbilampiña; flaca aún como muchacho que está creciendo; conocíase a legua que no habían tenido tantas ocasiones de comer como los otros. No andaban, sino corrían; todo eran piernas. Bailaban todos a una, y hacían los mismos pasos; encogíanse los altos, empinábanse los bajos; todo su prurito era andar iguales; al menor desnivel había gira y algazara. Pedían la palabra, y tomaban lo demás. Venían vestidos de telas de *institución*, color de *garantía*: el disfraz era lo mejor que traían; si bien a muchos se les traslucían por debajo juboncillos de *ambición*, con tal cual cenefilla de *empleo*, y se conocía que no estaban hechos a usarlos, porque a los más les venían anchos. Éstos no repartían dinero, sino periódicos; dábanlos con audacia y a vengas lo que venga; si alguno se perdía o se interceptaba malamente, otro al puesto, como quien tenía el molde en casa. Por el contrario de los otros, a cada periódico que daban ganaban carnes y razón. Las caretas eran discursos históricos de *sucesión*. Iban encendiendo las luces, que la primera comparsa apagaba siempre que podía; pero el salón estaba iluminado, de donde era fuerza inferir que se encendían más deprisa que se apagaban. Seguía a éstos una turba desigual hambrienta de felicidad; verdad es que nunca la habían catado. Unos eran gordos, otros flacos; unos tenían tres piernas, otros una; uno tres ojos, otro medio; quién era gigante, quién lilipuciano. «Se os igualará», les iban

diciendo los magnates, «nada más fácil», y lo creían sin mirarse despacio unos a otros, el tonto y el discreto, el tullido y el sano, el pobre y el rico. Éstos creían en la felicidad de este mundo; los primeros en la del otro. Su conversación buena, su chispa mucha, y mayor el ruido que metían. Color general, negro.

Era el resto de la concurrencia la mayoría; pero se conservaba a cierta distancia del que parecía su jefe. Era el color de éste un atornasolado claro, que visto de distintos puntos lejanos parecía siempre un color diferente, pero en llegando a él no se le podía llamar color. Éste y los suyos no andaban, aunque lo parecía, porque marcaban el paso; conociendo que no había para qué, unos traían pies, y otros los traían de plomo. De medio cuerpo arriba venía vestido a la antigua española, de medio cuerpo abajo a la moderna francesa, y en él no era disfraz, sino su traje propio y natural. Ni era alto, ni bajo, ni gordo, ni flaco; sutil como cuerpo glorioso, y máscara, en fin, racional, si las hubo nunca. No traía careta, sino que enseñaba una cara de risa que a todos quería dar contento. Era su comparsa gente pasiva y estacionaria, de esta que tiene y no quiere perder, que no tiene por qué moverse, miedosa, que teme perniquebrarse a cada paso, escarmentada ya y parálitica, envilecida con el sufrimiento y bien avenida a todo, o despreocupada, que se ríe de los hombres y sus partidos. Éstos no decían nada, ni aplaudían, ni censuraban; traían caretas de yeso, miraban a una comparsa, miraban a otra, y ora temblaban, y ora reían. En realidad no hacían cuenta con su jefe; éste era el que contaba con ellos; es decir, con su inercia.

En una palabra, parecían tres las comparsas y no eran más que dos. Cuando yo entré en el baile, acababan de separarse; hasta entonces habían bailado mezclados, porque hasta entonces no había faltado bastonero que los había hecho bailar a todos a un mismo son.

Apenas tuve tiempo de reconocer lo que llevo descrito, cuando se dirigieron a mí varios de la primera comparsa.

–¡Ah, Fígaro maldito! Aquí está. *¡Nadie pase sin hablar al portero! ¡La planta nueva!* ¿Sabes que nos has hecho más daño que un cañón?

«Mala entrada es ésta», dije yo para mí.

–Mira –prosiguieron–, tú debes ser tonto. ¿Qué provecho has sacado de tus artículos?

–El gusto de escribir lo que pienso, y me sobra.

–Eso por un lado, y por otro el que te ahorquemos, si... ¡desigual es el partido!

–Ya me pondré a distancia respetable.

–Vente con nosotros.

–Gracias.

–Te irá mejor; no hallarás rivales, porque no escribimos; te daremos una prebenda.

–Soy casado.

–Te daremos un empleo en correos y podrás interceptar las cartas.

–No soy curioso.

–Andarás por esas breñas.

–No soy peregrino.

–Dormirás al sereno.

–Más quiero dormir sereno.

–Tendrás inquisición y rey absoluto.

–Lo agradezco, pero es tarde.

–¡Matarle! ¡Matarle!

–¡Ea, dejad a Fígaro! –dijeron los de la segunda comparsa, sacándome de entre ellos–. Éste es nuestro, enteramente nuestro. ¿No es verdad, Fígaro?

–¡De corazón!

–¡Bravo! Tú también eres igual.

–Y si no soy igual, me es igual todo.

–¡Ya! Por eso te descuidas, y haces a veces artículos tan largos y tan pesados, y con tantas digresiones y atrevimientos; no teniendo respeto a nadie, fácil es hacer reír...

–No hay para qué hablar más, que ya me habéis conocido –dije yo apresurándome a interrumpir a los míos, que me iban tratando peor que los contrarios.

Mientras esto me pasaba, en un rincón de la sala andábanse embromando los principales personajes de las dos comparsas.

–Estas bromas pararán en veras –dije yo para mí, y acerqueme a oír.

–Andad –decían unos–, hipócritas; a nosotros no nos embromaréis, porque os conocemos; ahora andáis con careta del Pretendiente, pero es mentira; vosotros existíais antes que él. Vosotros triunfasteis malamente en Villalar en nombre de otro Carlos V; desde entonces no dejó de crecer un punto vuestra

audacia; vosotros fuisteis los que el año 14 engañasteis a un rey y perdisteis a un pueblo; vosotros los que el año 23...

–¡Silencio! –respondieron los otros–. ¿Qué nos echáis en cara? Echaos la culpa a vosotros mismos, que dos veces fuisteis los amos, y dos veces...

–Sí, pero no tengáis cuidado; a la tercera...

–Veremos.

–Sí; vosotros lo que queréis es embaucar al pueblo con vuestros sortilegios, cubrirle los ojos y taponarle la boca para beber su sangre que os engorda; el favoritismo, el absolutismo, el oscurantismo, el fanatismo, el egoísmo... ésas son vuestras virtudes... ése es el Carlos V que proclamáis; y lo demás es farsa y mascarada. Quitaos esas caretas de *ley de Felipe V*, que ya os hemos conocido.

–¡Miren! –contestaban los ofendidos–; ¿y qué queréis vosotros? ¿Queréis hacer felices a los pueblos? Broma y más broma. Igualdad, para tener todos derecho a todo, representaciones nacionales para ocupar un puesto en ellas, porque todos hacéis oficio de leer y escribir, y pensáis que hablando... y los empleos, en fin, que por tantos años tuvimos nosotros, y las rentas que nos comemos y...

–Y bien, y bien; ¿y hay nada más justo? Nosotros haremos el bien público, haciendo el nuestro, aun sin querer hacerlo...

–¡Caretas! ¡Pretexto!

–Pretexto, sí; pero más noble que el vuestro. En nosotros tendrá la sucesión directa...

–¡Fuera, fuera la careta! ¡También os conocemos!

–¡Holgazanes!

–¡Ambiciosos!

Al llegar aquí la broma, exasperáronse unas y otras máscaras, y, ¡oh!, ¡qué noche de horror y de confusión!

–¡A ellos, a ellos! –gritaron unos y otros desenvainando sus armas. Un paquete de *Boletines de Comercio* atrasados, lanzado por un brazo vigoroso y joven, vino a estrellarse sobre un grupo de peluquines; seis cayeron del golpe.

Diecinueve *Siglos*, llenos de reconvenciones, se alzaron a una contra la pandilla blanca; y ¿quién les pudiera resistir? Tampoco se descuidaban los acometidos; volaban *Estrellas* por todas partes, pero daban en el aire con los *Siglos* y los *Boletines* que iban y caían desvaneciéndose como los fuegos fatuos del verano. Un discurso parlamentario encontraba en el aire una exhortación carlista y arrollábala al punto. ¡Qué furor! Volaban *Tiempos* y *Cínifes*, lanzábanse *Ateneos* y *Minervas*; enemigo herido de ellos, enemigo dormido y fuera por consiguiente de combate. Hasta hubo quien sacó *Correos*, *Crónicas* y *Auroras*, armas prohibidas porque suelen dispararse contra el mismo que las carga. ¿Quién diría el destrozo y la mortandad? ¿Y quién el fin de tan sangrienta lucha, si el jefe de la inerte comparsa no se apareciese con una sonrisa en la boca y una *Revista* en la mano? Interpúsola el atornasolado como pudiera Mercurio su caduceo, y cedieron los combatientes al arma más pesada. Todos quedaron aplanados. ¡Ay de aquel a quien le cayó encima una noticia diversa! ¡Ay del que tuvo que sufrir el peso de la crónica de provincias! ¡Mísero el que sintió sobre sí la Cámara de los Diputados! Quiso la buena suerte que esto cayese todo sobre la comparsa blanca, y nadie de ella pudo ya levantar cabeza. Roncaban unos, y otros se quejaban amargamente. En la comparsa nueva cayó un artículo de entrada, y, ¡oh prodigio!, como el maná,



súpole a cada uno el manjar más de su gusto; a nadie empero levantó chichón ni cardenal.

–¡Hola! ¿Quién es éste? ¿Es vuestro? –preguntaron los jóvenes a sus contrarios.

–¿Qué ha de ser nuestro? ¡Ay, míseros! –contestaron los vencidos.

–¡Ah!, ¡ya! –repusieron los primeros–. ¿Quién diablos te había de conocer?... Vaya, pase, pase por nuestro; mira, júzganos...

–¿Yo «juzgar»? –dijo el mediador–. No lo permita el cielo. Si fuera «conciliar»...

–Mira que si no quieres ser nuestro juez serás su reo... ¡Esos hipócritas!...

–¡Oh!, no; hipócritas precisamente, no... «seductores» –dijo el mediador.

–¡Revolucionarios! –gritaron los viejos.

–Revolucionarios precisamente... no... «fautores de asonadas»... –interrumpió el justo medio.

–¡Fanáticos! –gritaron los jóvenes.

–No, fanáticos, no... «ilusos», «incautos».

–¡Ignorantes!

–¡Incrédulos!

–Señores, todos tienen ustedes razón; la unión, la cultura, un justo medio... ni uno ni otro... las dos cosas...

–¡Nosotros queremos todo nuevo!

–No, nuevo no –dijo el justo medio.

–¡Nosotros todo viejo!

–No, viejo no –repuso el atornasolado.

–¡Nosotros lo negro!

–¡Nosotros lo blanco!

–Todo, bien, todo; si se puede, todo; está entendido; daremos un blanco que tire a negro, y un negro que tire a blanco.

–¿Conque sí?

–No digo que sí, precisamente... mas...

–¿Conque no?

–No digo que no, precisamente... pero...

–Eso, eso es ponerse en la razón –dijo a este punto, levantándose pausadamente, la mayoría hasta entonces inmóvil–; nosotros estamos por ese señor de la antigua española y moderna francesa. No somos partido, pero somos los más. Venga cualquier cosa, llámenlo como quieran, y vamos viviendo. De cualquier modo hemos vivido hasta ahora, de cualquier modo moriremos.

–La verdadera diversión, señores, si me atrevo a llamarla así –dijo entonces animado con su inmensa fuerza el atornasolado de no conocido color– es tomar, permítaseme la frase, de los juegos venerandos antiguos lo preciso, modificándolo según el humor de los que han de divertirse. Y a propósito de esto diré para convencer a ustedes lo siguiente: «las necesidades y las

reformas, las instituciones y garantías, así como la antigua monarquía de las ideas nuevas, la discordia, la hidra de las revoluciones, y la bondad de arriba abajo, y no de abajo arriba, la legitimidad, los malévolos seducidos, un campo de horror y dulce fraternidad, los sucesos retrógrados y las masas progresivas...». Otras cosas podría decir... pero... ¡Cuán dulce es la paz, señores! Y por fin el talento es mío, mía la experiencia, el tacto mío y la nación mía, porque no es de nadie, porque es pasiva; al que se oponga a mi justa conciliación –añadió riéndose con la más amable y cariñosa sonrisa–, al que no quiera ser feliz, como yo entiendo la felicidad, harásele feliz, mal que le pese.

Un prolongado clamor de la multitud inmensa, tan callada toda la noche, pero un clamor no de entusiasmo pasajero, sino tranquilo, sereno, como la voz del poder que no ha menester esforzarse para hacerse oír, aplaudió sordamente la alocución ambilátera, que, traducida al lenguaje inteligible, quería decir a unos: «Ya es tarde»; y a otros: «Es temprano todavía».

Restablecida la paz y el silencio, desapareció a mis ojos el baile y ambos partidos con él; halleme en medio de Madrid repitiendo para mí: «Los tres no son más que dos, y el que no es nada vale por tres».

***Freeditorial*** 